



U A N L

RSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

ECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

T580

I2

3

UJA

ÓNOMA

ERAL DE

BT580

I2

C3



SANTÍSIMO CRISTO DE LAS AMPOLLAS.

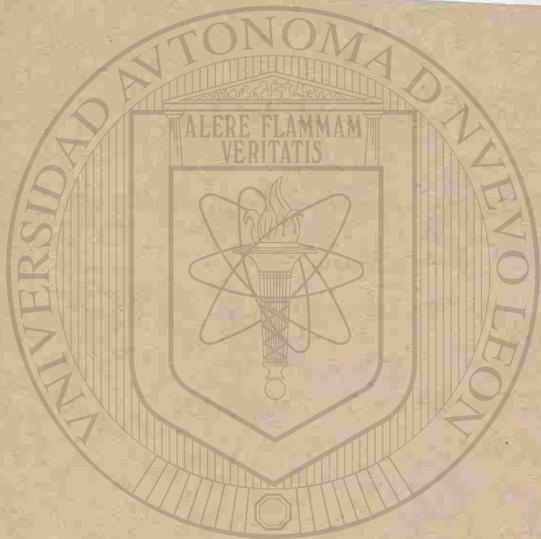
7

81

002137



1080014868



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

EL

ARBOL DE LUZ

(TRADICION POPULAR)

HISTORIA

DEL SANTISIMO CRISTO DE LAS AMPOLLAS

FOR EL ILLMO. SR. DR.

D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANGONA

OBISPO DE YUCATAN

EDICION PROMOVIDA

FOR

ARTURO GAMBOA GUZMAN

REVISADA POR EL AUTOR



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Vilverde y Torres

MÉRIDA

"Imprenta Mercantil" a cargo de José Gamboa Guzmán.

1887.

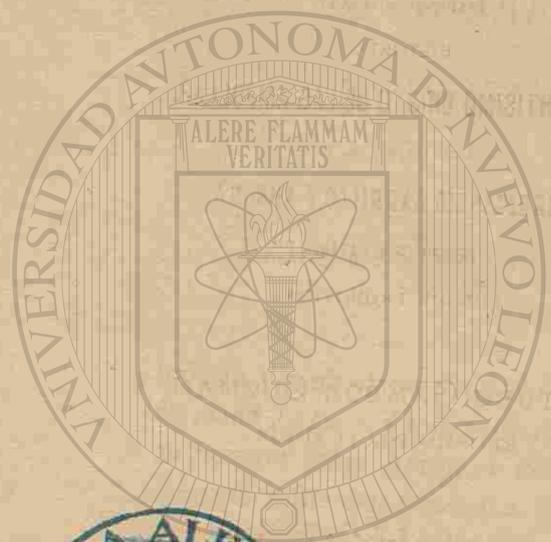


Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

39581V

B7570

ARROL DE LUZ



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

EL ARBOL DE LUZ.

(TRADICION POPULAR.)

I

DE PADRES A HIJOS.

EN la nave norte de la Catedral de Mérida (Yucatán), hacia un lado del extremo más interior de ella, el curioso espectador encuentra una hermosa Capilla, Santuario monumental, en que se venera una efigie del Crucificado, conocida bajo el título de *Santo Cristo de las Ampollas*, imagen, entre todas las del Señor, la más predilecta del pueblo yucateco. No hay en el país un Santuario que sea más célebre que él.

002137

suyo. No hay otra efigie que, como ésta, obtenga más general y fervoroso culto. Va ya para tres centurias que ella se inauguró, y á pesar de la notable decadencia religiosa, de que se resiente la época actual, el *Santo Cristo de las Ampollas* forma todavía como la base de la fe católica en la sociedad yucateca, pues sin duda alguna, ese simulacro divino constituye el centro y levanta la bandera de unión de todo este noble pueblo.

Lo que para España es el Santo Cristo de Búrgos y el de Santa Teresa para la ciudad de México, es para Yucatán el de las Ampollas.

Mas ¿cómo y porqué lleva esa advocación? ¿Cuál es el papel que representa en la historia religiosa el objeto sagrado que por ese nombre se significa?

Cuando lleno de mansedumbre y

de misericordia infinita el divino Nazareno se abandonó al furor de sus enemigos, y éstos comenzaron por echarle cuerdas y cadenas para arrastrarle á mayores tormentos, que no hubieron de terminar sino con la cruenta muerte de cruz, las ampollas y heridas de las ataduras, solo fueron las primeras huellas de la dolorosa pasión en aquel sagrado cuerpo, que hubo de convertirse en llaga viva, desde la planta del pie hasta lo alto de la cabeza, como los Profetas habian anunciado. Por lo mismo, si la nomenclatura de las ampollas desaparece por completo, como nada, en comparación de la de tantas y tan enormes heridas que causaron los golpes, las caídas, los azotes, las espinas, los clavos, la lanza y la cruz, ¿por qué el histórico Crucifijo de la Catedral de Mérida, lleva de una manera tan culminante y

principal, la advocación tres veces secular de las Ampollás? Además, ¿por qué esta denominación resuena con tan poderoso influjo en el corazón de todos los fieles yucatecos, y aun de muchos cristianos de otras partes del orbe católico? ¡Ah! Nosotros lo sabemos: es que hay una historia particular, una historia local, una historia de esas que llenan el corazón de un pueblo creyente, y que los padres narran á sus hijos en las deliciosas y confidenciales veladas del hogar doméstico, expresando en cada uno de sus acentos, la fidelidad sencilla y la sinceridad leal de sus tradiciones religiosas.

II

COMO EN EL MONTE HOREB.

Apenas se cumplía el primer siglo después de la conquista, y ya flo-

reciendo como una de tantas parroquias del Obispado de Yucatán la del pueblo de Ichmul, situado al Sur de la Península, cuando sucedió que un viernes primero de cuaresma, después de entrada la noche, los labriegos de la comarca observaron, que entre un cercano bosque de cedros descollaba uno, que al punto llamaron *Arbol de luz*, porque resplandecía entre las frondosas copas, como en el monte Horeb la celebrada zarza de Moisés, ardiendo en hermosa llama, sin que por eso se abrazara ni consumiera. *Acerquémonos* dijeron como el antiguo legislador de los hijos de Israel— *y veamos que prodigio es éste*; encontrando á no dudarlo la realidad del hecho, siendo testigos del mismo todos los moradores de la aldea y de los lugares circunvecinos. El prodigio se repitió en la noche del viernes de la si-

guiente semana, y así continuó periódicamente por todo el tiempo de aquella cuaresma, suspendiéndose por la Pascua. Con este motivo, terminadas las festividades de Pentecostés, el Párroco, de acuerdo con los feligreses, tomó la resolución de hacer cortar el prodigioso cedro, y guardarlo en el curato en memoria del suceso, con el designio además de que viniera á servir de materia para alguna imagen sagrada que decorara el templo de la aldea. Mas esta obra habría de quedar aplazada, no encontrándose por entonces en el país diestros escultores que la ejecutasen, pues solo en Guatemala, que dista mucho, se había establecido una colonia de escultores europeos, cuyos Crucifijos, verdaderamente primorosos, alcanzaron el renombre que conservan hasta hoy en todas estas que fueron colonias es-

pañolas. Pero habiéndose pasado unos cuantos años, de repente se presentó un gallardomancebo, anunciándose en el lugar como escultor. Nadie tenía noticia que de algún modo á él se refiriese; pero ávido el pueblo, como su venerado Pastor, de aprovechar la ocasión que tan á mano se les presentaba, fué al punto llamado el joven peregrino, para que del trozo de árida madera en que se había convertido el *Arbol de luz*, tallase una bella imagen de la Purísima Concepción, objeto especialísimo de general devoción en la Provincia.

Platicando el Cura con el escultor, refirióle la historia del mádero, explicándole el motivo por qué se le llamaba *Arbol de luz*, y por qué le tenían todos en más estima que si se hubiese cortado entre los más escogidos del Libano.

—¡Oh Señor Cura!—exclamó entonces el joven artista, no solo con emoción manifiesta sino con acento y mirada llena de majestad angelical.—no hay duda que ha de ser muy grato á Dios fabricar de tan precioso leño, una estatua de la Inmaculada virgen; pero esa prodigiosa aparición luminosa repetidas veces acaecida ante un pueblo, precisamente en los viernes de esa época del año consagrada al ayuno, la oración y la penitencia, como es la cuaresma, ¿no indica que tan misterioso leño está destinado por el Señor para una imagen de sí mismo, en el misterio de su humanidad y de su pasión sangrienta? Y un monumento originado así, ¿no sería para este país un despertador de la fe y de la penitencia, una prenda de consuelo, de dicha y esperanza? ¿No sería en las miras del Altísimo, el monumento

de mayor importancia religiosa para el pueblo yucateco en los siglos venideros; una arca de divina alianza; una bandera de unión en épocas de discordia; columna de luz en las tinieblas de la vida miserable; sombra bienhechora en los ardores de la concupiscencia y en los fuegos fatuos de mentirosas prosperidades, de tiempos de engaño; una.....

—Basta, joven!—interrumpió el sacerdote—me parece que un ángel habla por vuestro labio. Desisto de mi pensamiento y adopto el vuestro. Fabricadme del *Arbol de luz* una imagen de Nuestro Señor Jesucristo Crucificado, ¡y que por ella, el Salvador de la humanidad entera, lo sea más particularmente de Yucatán!

III

EL ANGEL ESCULTOR.

Convenida la obra, el artista ocu-

pó en el curato la pieza que se le destinó por oficina, conduciendo á ella el madero, pero llamándole á todos la atención la circunstancia de que no introdujera consigo instrumento alguno del arte, y de que dejara advertido que se procurase que cualquier carpintero de la aldea preparase prontamente un pedestal, que él por su parte no se encargaba de ejecutar para el Crucifijo proyectado.

Después de un solo día de encierro, que se juzgó como de preparación á las labores, tanto más, cuanto que no se había percibido rumor alguno de herramientas, el estatuario anuncia al atónito Cura, que el Crucifijo estaba ya terminado y que en la mañana inmediata podría recibirlo. ¡Y cuánta más no fué la sorpresa del Párroco, cuando á la luz del nuevo día, penetrando

en la oficina encontró desaparecido al escultor, pero ostentándose á la vista, airosamente sostenido en el suelo, como por mano invisible, la imagen del Crucificado, con palpables señales de reciente construcción! El pueblo en masa afluyó á contemplar el prodigio; procuróse concluir el pedestal, y colocóse el maravilloso simulacro en el templo, donde fué desde luego el objeto del más grande y extraordinario culto.

Como el artista no fuese encontrado, por más diligencias que se emplearon, para premiarle su obra y felicitarle por ella, tomáronle por un ángel, recordándose á este propósito su inesperada pero oportuna aparición, su delicada juventud, su noble y majestuoso continente, su discreto hablar, y en fin, el portento de su bella obra, con todas las demás circunstancias de ella.

Convirtiéndose el templo parroquial de la aldea, en el más celebrado Santuario de la Península, pues como el Señor hizo por sí en su vida mortal, así él mismo por esta su portentosa efigie, á la que quiso vincular un secreto móvil de inefables gracias y favores, otorgaba éstos con magnánima liberalidad y clemencia á cuantos por su medio elevaban al Padre de las misericordias sus penitentes plegarias.

IV

LAS AMPOLLAS.

Mas ¡cuán inescrutables son los juicios de Dios! Una noche del año de 1656, envuelto en las llamas de un incendio repentino y devorador, aquel templo, ya tan famoso, desapareció. La poderosa acción del fuego redujo á cenizas todos los altares

que eran de madera, y los ornamentos; calcinó las piedras; desplomó la techumbre; echó al suelo los muros y derritió los metales. Pero ¡oh maravilla! la imagen querida del Crucificado, dulce recuerdo del *Arbol de luz* y del angélico escultor; permaneció incombusta en medio del mar de fuego. Haciendo esfuerzos sobrehumanos, el Párroco y su afligido pueblo lograron extraer tan preciado monumento que encontraron enhiesto sobre las cenizas, la cruz carbonizada en parte y toda llena de humo, contemplando llenos de consuelo y de indecible admiración la pálida efigie del Señor, ya ennegrecida y toda cubierta de ampollas, pero íntegra y perfecta, para testimonio irrecusable de haber estado entre las llamas, sin que por eso se consumiera, siendo de material tan combustible, y cuando las mismas

piedras se habían calcinado y los metales derretido; tomando desde entonces la imagen el histórico dictado de *Santo Cristo de las Ampollas*.

Por aquel tiempo era Párroco de la aldea el Br. D. José Espinosa, clérigo secular, quien había hecho sus estudios de latinidad, filosofía y teología en el convento mayor de San Francisco de la ciudad de Mérida, de la cual era natural. Perfeccionó en la propia ciudad sus estudios en la Universidad de San Javier de la Compañía de Jesús, en que se graduó de Bachiller y llegó á merecer fama de muy ilustrado, virtuoso y distinguido orador. Es de creer que él mismo, y no otro Párroco, haya sido el que hubiese hecho cortar el *Arbol de luz* y luego labrar la sagrada efigie.

V.

DE LA ALDEA A LA BASILICA.

La inmediata y necesaria consecuencia del incendio fué, que por extremo se abrasaran en llamas de mayor y más sincera devoción todos los corazones por el Crucifijo de tantos portentos, por ese don del cielo, concedido manifiestamente para sagrados y misteriosos destinos en el porvenir del pueblo yucateco.

Ya más que nunca venia á ser imposible que se encerraran entre los estrechos limites de una miserable aldea, las ardientes demostraciones de un amor y culto general que rebosaba en toda la vasta Diócesis, y era una necesidad que el Santuario se estableciese en la ciudad episcopal, de suerte que aquel imán de los pechos católicos fuese á todos asequible.

En efecto, después de algún tiempo, allá por el año de 1659, acudió á esta necesidad el Illmo. Sr. Dr. D. Fr. Luis de Cifuentes y Sotomayor, dignísimo Obispo que entonces acababa de llegar á la Diócesis, y quien fué en persona con numeroso y digno acompañamiento, en busca de la maravillosa imagen, á fin de trasladarla, como lo hizo, á la Santa Iglesia Catedral en la ciudad de Mérida; colocándola con general regocijo el día 9 de Octubre del mismo año, en el altar de Animas en la Capilla del Sagrario, que se convirtió al punto como en una confluencia de caudalosos ríos, á que podían semejarse las turbas de piadosos peregrinos, que de todos los ángulos del país se apresuraban á concurrir al nuevo Santuario, rebosando en todas las bocas lo que llenaba los corazones de todos, aclamando al

Santo Cristo de las Ampollas como portentoso *Arbol de luz verdadera*, aludiendo al origen del madero de que había sido construida la efigie. El Obispo entre tanto, se propuso, en la ternura de su fervor, edificarle una Capilla especial; pero de modo que fuese parte de la misma Catedral.

VI

DON LUCAS DE VILLAMIL.

Se cuenta que entre los muchos favores obtenidos del cielo en aquellos días por medio del Santo Cristo de las Ampollas, fué extraordinariamente notable el suceso de D. Lucas de Villamil, caballero perteneciente á una distinguida familia, cuyos descendientes aun existen. D. Lucas era víctima de una triste y grave enfermedad: padecía de lepra, y había llegado al extremo más do-

loroso y horrible del mal. Postróse ante el adorable Crucifijo, y pidióle con humilde fervor que por el mérito de sus ampollas y por el de su sagrada pasión, le libertase el alma de la lepra de sus culpas, perdonándose las, y le sanase el cuerpo librándole de la enfermedad de que adolecía. ¡Ah! como este pobre enfermo clamó allí lleno de fe y confianza á Aquel que curó á los diez leprosos de que nos habla el Evangelio, él, como éstos quedó instantáneamente limpio, perfectamente curado; llenando el suceso de júbilo y admiración á toda la sociedad, que se conmovió llena de fe y de entusiasmo.

En fuerza de su gratitud, D. Lucas de Villamil hizo voto de costear y dotar la Capilla que el Dignísimo Obispo había emprendido ya, adjoineda á la Catedral, para que siendo por siglos el santuario especial del

Santo Cristo de las Ampollas, fuese á la vez por siempre el monumento imperecedero del milagro con que él había sido favorecido. Cumplió su propósito y esa Capilla es justamente la misma de que hemos hablado al principio, dedicada hace más de dos siglos. El retablo y urna en que se conserva la sagrada efigie, hizo á sus expensas el dicho Prelado, y también una parte del edificio, concediéndole á Villamil el continuar éste hasta la conclusión; teniendo así entre ambos el mérito de la obra, de que ha resultado sin duda el que algunos la atribuyan toda á cada uno de los dos separadamente. En ella, al pie del altar consta que fueron sepultados los venerables restos del Illmo. Sr. Cifuentes, y seguramente allí mismo también habrán sido sepultados los de D. Lucas de Villamil.

VII

LA FE EN ACCION.

La imagen del Santo Cristo de las Ampollas es el medio por el cual Yucatán en masa, y cada yucateco en particular, se dirige con más fe y devoción al Hijo omnipotente del Dios que representa, en todas las calamidades públicas y particulares, y sobre esto hay una áurea cadena de hechos, cuyo relato por brevedad omitimos.

Sólo diremos que muy sábiamente se reglamentó el culto general, instituyéndose una gran Asociación del Santísimo Cristo de las Ampollas con el título de "*Escuela de Cristo y lágrimas de San Pedro,*" la que por su parte aprobó la Santa Sede Apostólica, reinando el Soberano Pontífice Clemente XI, en 15 de Ju-

lio de 1717, concediendo grandes gracias y privilegios espirituales, como indulgencia plenaria el día del ingreso á la Asociación, otra para la hora de la muerte, y otra, en fin, anualmente el 9 de Octubre, que es el último día de la solemnisima fiesta patronal. Esta comienza el 28 de Setiembre, y es la más clásica y devota de todas las fiestas religiosas de su clase en Yucatán; porque siendo la más suntuosa y popular, casi nada se ha mezclado en ella de esas escandalosas profanidades con que el mundo sensual ha convertido por donde quiera en ferias de placer, las augustas y santas solemnidades de la Religión. Clasificada toda la sociedad de Mérida en gremios bien organizados, entran éstos por turno día á día, desde el 28 de Setiembre, á celebrar la mencionada fiesta, presentándose en Catedral cada corpo-

ración á su vez, bajo su respectivo estandarte. Hé aquí el orden en que entran :

Día 28. Alarifes, celebrando la bajada de la imagen, del altar de su Capilla, para colocársela en el mayor de la Basílica por todo el tiempo de la fiesta.

Sbre. 29. Talabarteros, 1º de la fiesta.

„ 30. Curtidores, 2º „

Obre. 1º Barberos, 3º „

„ 2. Plateros y

Hojalateros, 4º „

„ 3. Un Devoto, 5º „

„ 4. Zapateros, 6º „

„ 5. Sastres y

Fardeleros, 7º „

„ 6. Herreros y

Maquinistas, 8º „

„ 7. Carpinteros, 9º „

„ 8. Mujeres, 10º „

„ 9. Comerciantes y Hacendados, último día y en cuya

tarde tiene lugar la solemne procesión.

Después del día 9, hay dos más de adición, igualmente solemnes, y que celebran el 10 los Abastecedores, y el 11 los Flarmónicos, restituyéndose en éste la efigie á su Capilla.

El escapulario que llevan los asociados del Santísimo Cristo de las Ampollas es negro, como símbolo de penitencia. Todos los viernes del año se celebra una Misa, y aun hubo algún tiempo en que se procuró que hubiese Misa diaria en el Altar de la Capilla ó Santuario.

VIII

EL MISMO CULTO.

La Capilla del Santo Cristo de las Ampollas es, como queda dicho, la de mejor ornato entre todas las

ración á su vez, bajo su respectivo estandarte. Hé aquí el orden en que entran :

Día 28. Alarifes, celebrando la bajada de la imagen, del altar de su Capilla, para colocársela en el mayor de la Basílica por todo el tiempo de la fiesta.

Sbre. 29. Talabarteros, 1º de la fiesta.

" 30. Curtidores, 2º "

Obre. 1º Barberos, 3º "

" 2. Plateros y

Hojalateros, 4º "

" 3. Un Devoto, 5º "

" 4. Zapateros, 6º "

" 5. Sastres y

Fardeleros, 7º "

" 6. Herreros y

Maquinistas, 8º "

" 7. Carpinteros, 9º "

" 8. Mujeres, 10º "

" 9. Comerciantes y Hacendados, último día y en cuya

tarde tiene lugar la solemne procesión.

Después del día 9, hay dos más de adición, igualmente solemnes, y que celebran el 10 los Abastecedores, y el 11 los Flarmónicos, restituyéndose en éste la efigie á su Capilla.

El escapulario que llevan los asociados del Santísimo Cristo de las Ampollas es negro, como símbolo de penitencia. Todos los viernes del año se celebra una Misa, y aun hubo algún tiempo en que se procuró que hubiese Misa diaria en el Altar de la Capilla ó Santuario.

VIII

EL MISMO CULTO.

La Capilla del Santo Cristo de las Ampollas es, como queda dicho, la de mejor ornato entre todas las

de la Catedral. La cruz de la imagen está toda cubierta de plata fina, siendo el INRI de oro. La misma imagen tiene corona y clavos de oro y piedras preciosas, pero permanece negra y ampollada como quedó ahora 230 años en el horrible incendio de 1656, pues de propósito no se le ha querido retocar. La dicha cruz tiene de alto 2 metros 75 centímetros, y la sagrada efigie mide de la cabeza al extremo de los pies, 1 metro 16 centímetros.

La "Novena" que de muchos años atrás se practica, dedicada á este celebrado Crucifijo, es una buena producción, debida á la sabiduría y piedad de un sacerdote filipense de la ciudad de México, si bien tenemos la pena de no encontrar consignado el nombre de este sacerdote, ni menos desde qué fecha se hubiese verificado la primera edi-

ción. El ejemplar más antiguo que hemos visto es del año de 1795, y es de una reimpresión hecha en la misma ciudad de México, pues por aquel año aun no se había introducido la imprenta en Mérida. Su carátula es la siguiente: "Novena á Cristo Nuestro Señor Crucificado, en veneración de su milagrosa imagen el Santo Cristo de las Ampollas, que se venera en la Iglesia Catedral de la ciudad de Mérida, Provincia de Yucatán, dispuesta por un Padre Presbítero de la Congregación del Oratorio de San Felipe de Neri de esta ciudad de México. Reimpresa á expensas del Br. D. Nicolás Rodríguez de la Gala, Capellán (*sic*) de dicha Santa Imagen. Reimpresa en México por los herederos de D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros, calle del Espíritu Santo, año de 1795."

Después acá, se han hecho repetidas ediciones meridianas, ya con el aumento de variedad de preces, resumen histórico de la Santa Imagen, y versos alusivos al propio asunto tradicional, lo cual se comenzaría á insertar, ó bien desde la época en que fué Capellán el muy ilustre Sr. Dignidad de Chantre, Lic. D. Eusebio Rodríguez de la Gala, ó acaso viviendo aun el anterior D. Nicolás; ó siéndolo ya el Sr. Presbítero D. Serapio del mismo apellido, parientes consanguíneos todos entre sí; pareciendo estar como vinculada en tan distinguida familia, la devoción y la capellanía del Santísimo Cristo de las Ampollas, pues también sirvió ésta posteriormente y por largos años, el venerable Sr. Dr. D. Leandro Rodríguez de la Gala, después Dignísimo Obispo de la Diócesis. Diremos de paso, que á éste

sucedió en la propia capellanía, el memorable Sr. Dr. D. Manuel Secundino Sánchez, Cura que fué de la Catedral, Provisor y Vicario General del Obispado; desempeñándola al presente el modesto Sr. Presbítero D. Epifanio Cardeña.

IX

FIN DE LA HISTORIA.

Tal es, en breve reseña, la historia del celebrado Crucifijo de la Catedral de Mérida, conocido bajo el título de *Las Ampollas*, místico *Arbol de Luz*, sembrado por dicha en el jardín de la Iglesia yucateca.

X

JUICIO CRITICO.

Así como la historia de un pueblo suele dividirse en una época legenda-

ria ó fabulosa, y en otra, propiamente histórica, no porque la primera sea absolutamente falsa, sino porque perdiéndose sus orígenes en la noche de un pasado que se vela entre las sombras de remotos siglos, sin documentos que arrojen luz para esclarecer todos los hechos, distinguiendo con certidumbre los verdaderos de los falsos, así también, la particular de algún suceso ó de algún personaje, suele tener su época legendaria y su época histórica.

La del Santo Cristo de las Ampollas tiene, á lo que veremos, una y otra época. La aparición del árbol luminoso en los bosques de Ichmul, y la del peregrino escultor, tomadô como un sér sobrenatural, son hechos que bien podrán ser verdaderos, pero que como queda dicho, sólo tienen en su apoyo la tradición popular de la citada aldea. Además,

la historia refiere como acaecido este mismo suceso en otra aldea llamada Ocotlán (Oaxaca), pudiendo ahora cuestionarse si la una aldea quiso apropiarse la tradición de la otra; ó si ambas la han inventado; ó por último, si en ambas realmente ha tenido lugar el suceso. Sea de esto lo que fuere, la verdad histórica del Santo Cristo de las Ampollas comienza realmente con el incendio del templo parroquial de Ichmul, en que primitivamente se le veneraba, y con su preservación providencial de las llamas, sea que esto hubiese sucedido por un milagro, ó por la exquisita diligencia humana, que necesariamente ha de haberse procurado emplear; continuada dicha historia auténtica, por la grande y general devoción que desde entonces gradualmente se fué despertando hácia la imagen; por su traslación á

la Catedral; por la fundación de su Capilla; por la de la Hermandad consagrada á su culto; por la aprobación de ésta de parte de la Santa Sede, por las gracias y privilegios espirituales con que fué enriquecida; y en fin, por el acrecentamiento cada vez más notable de esta antigua devoción.

El autor de los *Manuscritos Inéditos*, (atribuidos sin fundamento (1) al Padre D. Nicolás de Lara, insertos en el «Museo Yucateco,» remitiéndolos al efecto, parte por parte, á los redactores de dicha publicación, un empleado público, cuyo nombre no aparece, y quien *copiaba y coordinaba* por sí dichos manuscritos, añadiéndoles probablemente de su propia cuenta sus opiniones per-

(1) D. Justo Sierra (padre), "Galería Biográfica de los Sres. Obispos de Yucatán; Dr. D. Fr. Luis de Cifuentes y Sotomayor." *Registro Yucateco*, Tomo II, pág. 74.

sonales, si es que no fuesen del todo originales del mismo pretendido copista, aunque hubiese tomado por base algún manuscrito verdadero, lo que puede conjeturarse por la diversidad de estilos), califica como de embuste la historia del Santo Cristo de las Ampollas, por estas palabras: "Vino de Obispo el Sr. Dr. Don Domingo Ramírez de Arellano, á 15 de Mayo de 1651; en este año hay rumores de que se incendió la Iglesia de Ichmul, y habiéndose *reducido todo* á cenizas, quedó incombusta la imagen del Cristo Crucificado de las Ampollas, que se venera en la Catedral de esta ciudad, y que el Illmo. Sr. D. Fr. Luis de Cifuentes, yendo de visita á Ichmul [informado del prodigio] se la trajo; pero todo no pasa de una vulgaridad: lo primero, porque el Sr. Obispo Cifuentes llegó á Yucatán el año

de 1657, y en el de 1656 ya estaba la imagen en la Catedral, como hay constancia de lo uno y de lo otro; lo segundo, porque el Reverendo Padre Fr. Diego López de Cogolludo, que vivía aquí en 1651 y escribió la Historia del país hasta 1654, fué muy diligente en narrar los milagros y las cosas sobrenaturales que sonaban en aquel tiempo, y nada dijo de esta santa imagen, ni de este milagro, ni en la novena que ha publicado en 1795 el Capellán del mismo Señor, se menciona su asombrosa incombustibilidad, como era regular. No obstante, algunos sacerdotes, movidos de una piedad indiscreta, la pro-
palañan como cierta en el púlpito, imbuyendo á las gentes sencillas en el error. *Pastores eorum seduxerunt eos. Jerem. 50.*

Muy desgraciado está aquí á la verdad, el autor de estas palabras,

quien quiera que él sea; porque es falso que la imagen estuviese ya en la Catedral en 1656, puesto que éste fué el año del incendio, que precisamente motivó el verdadero principio de la creciente fama de la misma imagen; [1] y puesto que consta haber sido el Sr. Cifuentes el que verificó la traslación, es evidente que no pudo haber sido ésta antes de Junio de 1659, que fué cuando llegó á Yucatán dicho Prelado. El autor de las palabras que refutamos, assevera que consta lo que dice, pero no presenta y ni aun siquiera indica las pretendidas constancias. Lo que nosotros decimos, fundados en la comparación de fechas, si consta por todos los documentos relativos al pontificado del Illmo Sr. Cifuentes,

(1) Algunos asientan, y aun así se lee en el preliminar de algunas ediciones de la Novena, que el incendio fué en 1651, y la traslación á Mérida en 1656; pero éstos son errores de imprenta que han ido copiando otros, como fácilmente verá cualquiera que consulte las fuentes históricas.

lo que puede verse aun en cualquiera de las varias biografías publicadas de este Prelado, y bastará al caso que copiemos aquí la breve noticia puesta al pie del *antiguo* retrato, que del mismo Obispo se conserva en la sala capitular de Mérida, donde podrá verlo el que guste, como un monumento fidedigno é intachable. Dice así, bajo el número II:

“El Illmo. Sr. D. Fr. Luis de Cifuentes y Sotomayor, natural de la ciudad de Sevilla, del Orden de Predicadores, electo Obispo de esta Santa Iglesia, en 11 de Noviembre de 1657. Tomó posesión en 20 de Junio de 1659; *el año de 1656 se quemó la Iglesia del pueblo de Ichnul, quedando intacta la sagrada imagen del Santo Cristo de las Ampollas, quien (el Obispo), la mando traer y colocó en su Capilla y retablo que para ello hizo en esta Santa Iglesia.*

Falleció en 18 de Mayo de 1676. Fué sepultado al pie del altar de dicha Capilla.”

Que el historiador Fr. Diego López de Cogolludo hubiese guardado silencio con respecto al incendio de Ichnul y á la incombustibilidad de la imagen, no significa absolutamente nada en nuestro caso, porque el adversario mismo dice que aquel autor *escribió la Historia del país hasta 1654*. Y ahora bien; por lo probado, el incendio tuvo lugar dos años más adelante, esto es, en 1656. En dicho año de 56, y otros varios después, aun vivía Cogolludo, pero su Historia quedó cerrada con el pontificado del Illmo. Sr. Ramirez de Arellano, antecesor, lo mismo que el Illmo. Sr. Horta, del Illmo. Sr. Cifuentes, á cuya época posterior corresponde el incremento que tomó la devoción del Crucifijo Ampollado.

El argumento fundado en que por la Novena publicada en 1795 nada dice el Capellán respecto de la imagen y del incendio, no merecerá respuesta alguna, así porque nada significa el que no se anteponga un relato histórico ó tradicional á una Novena, como porque el solo título de la misma está publicando á voces el asunto que se pretende negar, pues el frontis que más atrás hemos consignado, dice así: *en veneración de la milagrosa imagen del Santo Cristo de las Ampollas*. Y estas Ampollas son justamente el testimonio del incendio; y estas Ampollas están á la vista de todos como la evidente reliquia de un incendio; y esta reliquia ampollada y negra hace 230 años que se conserva y se venera con culto grande y general. Consta, pues, perfectamente la verdad del hecho, aunque pueda cuestionarse

si hubo milagro ó no; bastando para nuestro caso, toda vez que la Iglesia no ha mandado que el suceso se tenga como tal milagro, bastando decimos, que la sagrada imagen de N. S. Jesucristo se hubiese providencialmente preservado del fuego, para que los fieles muy justamente le tributen un culto más amoroso y especial. Así á cualquiera que consigue librar de los peligros inminentes de un naufragio ó de un incendio el objeto que más estima, éste se le hace por eso mismo mucho más caro y más singularmente querido.

Más prudentes, pues, los eruditos Redactores del *Registro Yucateco*, á pesar de sus opiniones político-religiosas, dicen en la Biografía que del Illmo. Sr. Cifuentes publicaron en el Tomo 2.º, estas palabras.

“No podemos hablar, dicen, del

Sr. Cifuentes sin hacer mención del Santísimo Cristo de las Ampollas, que se venera en esta Catedral, y á cuya divina efigie rinde el pueblo meridano un culto espléndido y fervoroso. Refiere una tradición, que estando el Sr. Cifuentes en la visita del pueblo de Ichmul, supo que en el año de 1656, (*ojo á esta fecha*), se había incendiado totalmente la iglesia parroquial, y que había permanecido incombusta é intacta la efigie de un Crucifijo, quedando ahumada sin embargo, y cubierta de ampollas. Ordenó, pues, el Sr. Obispo que la imagen fuese traída á la Catedral, como se verificó en efecto, no sin contradicción de los indios del pueblo, y en aquel templo se le construyó una hermosa Capilla, en donde permanece hasta hoy. Otra tradición agrega más todavía, á saber: que el Señor de las

Ampollas no fué obra de un escultor común, sino de un ángel, que en figura humana se presentó al Cura de Ichmul. La sana crítica puede distinguir muy bien los hechos falsos de los verdaderos. Pero sea lo que fuere, la creencia piadosa que hoy subsiste, á nadie perjudica, y antes bien, si no es exagerada que raye en fanática, puede contribuir eficazmente á producir en el pueblo cristiano sentimientos de amor y religiosidad. Ello es que aquella imagen venerada ha sido siempre el consuelo de este pueblo, y jamás ha ocurrido á la protección divina en cualquier conflicto público ó privado sino por su medio."

XI

ICHMUL.

Concluyamos con unas breves noticias históricas más directamente

Sr. Cifuentes sin hacer mención del Santísimo Cristo de las Ampollas, que se venera en esta Catedral, y á cuya divina efigie rinde el pueblo meridano un culto espléndido y fervoroso. Refiere una tradición, que estando el Sr. Cifuentes en la visita del pueblo de Ichmul, supo que en el año de 1656, (*ojo á esta fecha*), se había incendiado totalmente la iglesia parroquial, y que había permanecido incombusta é intacta la efigie de un Crucifijo, quedando ahumada sin embargo, y cubierta de ampollas. Ordenó, pues, el Sr. Obispo que la imagen fuese traída á la Catedral, como se verificó en efecto, no sin contradicción de los indios del pueblo, y en aquel templo se le construyó una hermosa Capilla, en donde permanece hasta hoy. Otra tradición agrega más todavía, á saber: que el Señor de las

Ampollas no fué obra de un escultor común, sino de un ángel, que en figura humana se presentó al Cura de Ichmul. La sana crítica puede distinguir muy bien los hechos falsos de los verdaderos. Pero sea lo que fuere, la creencia piadosa que hoy subsiste, á nadie perjudica, y antes bien, si no es exagerada que raye en fanática, puede contribuir eficazmente á producir en el pueblo cristiano sentimientos de amor y religiosidad. Ello es que aquella imagen venerada ha sido siempre el consuelo de este pueblo, y jamás ha ocurrido á la protección divina en cualquier conflicto público ó privado sino por su medio."

XI

ICHMUL.

Concluyamos con unas breves noticias históricas más directamente

relativas á este pueblo, célebre por más de un título.

Ichmul, punto situado más allá de la villa de Peto, en el interior de la Península y como en el corazón de ella, fué en su origen, á mediados del Siglo XVI, Doctrina y Convento de Padres Franciscanos, siendo Patrón Titular de la Parroquia San Bernardino de Sena, y correspondiendo entonces á su extenso y rico partido los pueblos de Tiholop, Timum, Celul, Tibac, Zaclac, Zazan, Uaymax, Tituc y Chunhuhub. Dista como cuarenta leguas de la capital, y está comprendido en el Distrito de Tekax, con una población que había llegado á ser de 3,311 habitantes.

Siempre había sido Ichmul un gran pueblo desde los tiempos anteriores á la conquista, y siempre se le conocía con el propio nombre, el cual es

indígena puro, pues es palabra de la lengua yucateca. Significa *entre los cerros ó collados*, encontrándose en efecto situado en la parte montuosa del país, y á vista de las serranías del Sur, últimos declives de las grandes montañas de Centro-América.

Principiando el Siglo XVII, en 1602, pasó la Parroquia á la jurisdicción del Clero secular, habiendo sido su último guardián y Doctrinero el Reverendo P. Fr. José Muñoz, y su primer Cura secular, el Pbro. D. Juan de la Huerta, proveído por el Illmo. Sr. D. Fr. Juan de Izquierdo, 4º Obispo que gobernó la Diócesis, y 7º en el orden cronológico. Dicho Cura tomó posesión en 1603 con auxilio del Capitán General D. Diego Fernández de Velazco, no solo como Vice-Patrono Real, sino como quien había de poner en eje-

cución la providencia del Obispo y del Rey, que sentenciando en la ruidosa querrela promovida sobre posesión de Parroquias, mandaron por aquel tiempo que pasara la de Ichmul con otras tres más al Clero secular, y que fueron las primeras que en el Obispado se segregaron de la administración del Clero Regular. (Real Cedula, número 5. Archivo Episcopal.)

Más de medio siglo después, en el año de 1656, siendo Cura de Ichmul el Br. D. José de Espinosa, acaeció el incendio del templo parroquial, en que salió incombusta la imagen del Crucificado, que por esto desde entonces, comenzó á denominarse de las Ampollas, como ya dejamos referido, y que ocasionó que aquel templo, aunque arruinado, se convirtiese en el más celebrado Santuario del país, atrayendo gran nú-

mero de peregrinos. Pero esta dicha, solo la gozó aquel pueblo unos tres años, pues en el de 1659 fué trasladada la imagen á la Catedral de Mérida, con gran pena y oposición de los encomenderos, de los caciques y demás habitantes de Ichmul, que se consideraban por sus pecados en la más triste orfandad, miseria y abandono, al verse despojados de la milagrosa efigie de su excelso Padre y divino protector.

En el siglo actual, 188 años más tarde, esto es, en el de 1847, y con motivo de la sublevación de la raza indígena, pereció el pueblo todo, arruinándose por completo en las llamas de un general y horrible incendio á que fué entregado por el furor salvaje de seis mil indios, el día 24 de Diciembre, á pesar de la prolongada y heroica resistencia que el valeroso Jefe D. Miguel Bolio

oponía con los valientes soldados de la humanidad y de la civilización, y después de un sitio riguroso de muchos días, que al fin lograron cerrar completamente los bárbaros, y de que por un prodigio de esfuerzo, logró salir dicho Jefe con toda su tropa, sus heridos y trescientas familias que quedaban, como único resto del que antes fué Ichmul.

De esta célebre aldea no quedan, pues, más que el nombre en la historia, su Crucifijo monumental en Mérida, con el poético antecedente tradicional del *Arbol de luz*; y sus tristes ruinas abandonadas en el lugar que ocupó entre el número de las más florecientes poblaciones del Sur, blanqueando ¡ay! como la osamenta de un cadáver, esparcida entre la lobreguez de la selva.

Desapareció Ichmul antes que se cumplieran dos centurias de haber sido separado de su suelo el Santo Crucifijo de las Ampollas; y por eso, y por el devotísimo amor que el país entero le profesa á tan porten-

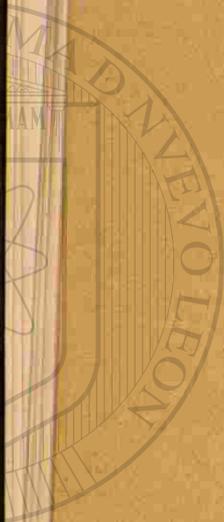
tosa imagen del Redentor del mundo; cuando en los más aciagos días de esa funesta guerra social, que llegó á aproximarse en olas furiosas de fuego y como un torrente devastador hasta las puertas de Mérida y Campeche, las dos más principales ciudades de Yucatán, viendo algunos tímidos que se acababa el antes poderoso Estado, aun solo con el pánico, emigrando en masa las familias para dejar solamente á nuestro sufrido ejército de diez y seis mil hombres á que en las ciudades desiertas hiciese, como en campo de batalla, el último esfuerzo contra el empuje desolador de aquel combate de exterminio, declarado por incontables millares de salvajes; hablaban ya de la imperiosa necesidad de que el Illmo. Sr. Obispo pasase, juntamente con las Religiosas Concepcionistas, á la ciudad de la Habana, para ponerse allí en seguro, llevándose consigo encajonada la imagen querida del Santísimo Cristo de las Ampollas; los hombres

de Estado, los hombres de Fe, los hombres más reflexivos y pensadores, se opusieron con todas sus fuerzas y exclamaron diciendo: «¡Imposible! ¡Imposible! Si este paso llegara á darse, Yucatán entero, como la aldea de Ichmul y como tantas otras que han perecido, desaparecería del mapa de los pueblos cultos.»

Reanimóse, pues, con esto el espíritu de la fe religiosa y patriótica; vino á tiempo el auxilio de México, á cuya suerte está Yucatán unido, y la Península hubo de salvarse; comenzándose desde entonces á celebrar una Misa diaria en el altar del Santísimo Cristo de Ichmul, ó lo que es lo mismo de las Ampollas, Arbol de luz y de consuelo, á cuya benéfica sombra ha de prosperar por siempre el pueblo yucateco.

FIN.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

81

00213



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

00213

BT580
.12
C3

39581
FEVT

AUTOR
CARRILLO Y ANCONA, Crescencio

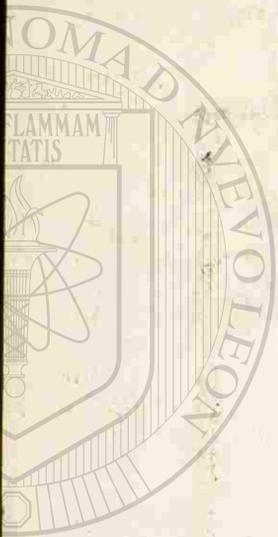
TITULO
El arbol de luz...

FECHA DE

NOMBRE DEL LECTOR

UANL

®



UAN

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO
ECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA